

El mes de Julio se reúnen en este templo de 7,000 á 8,000 niños para asistir al servicio.

No se puede negar aun con una simple ojeada, que la Catedral de San Pablo ocupa en Lóndres uno de los primeros lugares, pues pocos templos realmente se encuentran tan espaciosos y de construcciones tan ricas y sólidas, como las que en él se descubre.

Mucho tiempo permanecemos examinándolo, y despues que estuvimos satisfechas de que todo lo habíamos visto, aunque no hubiese sido con el esmero con que deben ser examinadas todas estas obras grandiosas, salimos del templo, y permanecemos de nuevo un gran rato contemplando su hermosa fachada.

Este hermoso templo es del culto protestante, y nosotros sentimos no contarle entre nuestros templos católicos.



CAPITULO XXII

Descanso en el hotel. Lectura de la Cartera misteriosa. Excursiones que hicimos el día siguiente. La torre de Lóndres, su antigüedad é historia, recuerdos que evoca su aspecto y extension. Dimensiones de las principales construcciones del interior. Idea de lo más notable que contiene la Iglesia de S. Pedro invincalis. La torre blanca. Volunteer Armoury. Capilla de S. Juan. Cuarto de los modelos. Conservatorio de los archivos. La torre de Wakefield. Cuarto de los diamantes de la corona. Riqueza inmensa, y objetos valiosos que encierra. Guillotina en que fué ejecutada Ana Bolena. Instrumento del suplicio. El museo de armas. La prision. Varios patios y lo que en ellos vimos. Nuestro paseo por el jardin zoológico, su extension y parques. Notable coleccion de animales, y lo que más llamó nuestra atencion.

Eran ya las seis de la tarde, cuando terminó nuestra visita á la hermosa Catedral de San Pablo, de modo que despues de haber recorrido algunas calles de comercio, donde la hermosa iluminacion en los aparadores llamó nuestra atencion, regresamos al hotel.

Aquella noche nos sentíamos muy fatigadas,

y poco deseosas de salir; así, que permanecimos en el hotel.

Después de cenar, nos dirigimos á nuestras piezas, y tomando en nuestras manos la cartera que durante algunos días no nos había sido posible abrir, nos pusimos á recorrer numerosas é interesantes páginas. Genaro seguía su relación en estos términos:

“Aquella noche dormí ménos mal que las anteriores: mi sueño fué dulce y grato, me sonrieron mil imágenes de felicidad, y me parecía que mi entrada al mundo se efectuaba bajo el prisma de la dicha más encantadora, y que me sonreía la fortuna. A la mañana siguiente mi humor era más festivo, mi carácter iba perdiendo aquella ferocidad que había adquirido en la soledad de mi prisión, y la sonrisa, que amenudo entreabría mis labios, iba borrando en mi fisonomía el tinte de amargo disgusto que el infortunio me había impreso.

¡Cuántas trasformaciones se habían operado en mi alma en el trascurso tan solo de algunos días! ¡Cuan inquieta comensaba á ser mi vida después de diez años de la más completa quietud!.....lleno de aspiraciones y deseos, me paseaba por mi suntuosa recámara, viendo con la sorpresa más grande cuanto me rodeaba. Derre-

rente la puerta se abrió, y un hombre penetró por ella, era mi generoso protector: apenas le ví corrí hacia él, y tendiéndole mis brazos le dije que me consideraba como el ser más feliz de la tierra, puesto que aquel día debía conocer un mundo tan lleno de encantos y atractivos!.....

Gozoso D. Justo al ver mi contento no quiso minorarlo, y tomándome de la mano, ven Genaro me dijo, tomaremos alguna cosa y en seguida saldremos.

Esta promesa aumentó mi alegría; pronto penetramos en el comedor, pasando ántes por grandes salones, que exitaban mi admiración á cada paso más creciente. Allí se nos sirvió un magnífico almuerzo, y cuando concluyó D. Justo, me llevó á su recámara, vistióme con un fino y precioso traje, peinó mi cabello que cortó el mismo, y en seguida fué á disponerse para partir; yo mientras tanto colocadó frente de un espejo, no cesaba de contemplarme, me hallaba lleno de contento.

¡Pobre niño! ¡cuan poco duró para tí la época del goce, y en cambio cuanto has sufrido!.....

Estaba frente al espejo cuando apareció D. Justo, parece que te has vuelto presumido me dijo chansándose, y tomándome luego por la ma-

no bajamos por una amplia y suntuosa escalera, montamos en un carruaje y salimos á la calle.

Imposible me seria consignar aquí la sorpresa que todo me causaba!... las casas... los carruajes... la animacion... la gente: ¡todo me admiraba! estaba yo absorto... estático, y no comprendia lo que en mí pasaba!.....

¡Ah! justa era mi admiracion!... Si á un ciego de nacimiento repentinamente le dieran la vista, sentiria en sí una nueva vida; lo mismo me pasaba á mí en aquellos momentos inolvidables! ..

Repentinamente el carruaje se detuvo en un magnífico edificio; bajemos me dijo D. Justo, entremos en el templo: esta es la casa de Dios, del Ser Supremo, que tus primeros pasos se dirijan á adorarle.

Penetrado de un vivo respeto entré en el santuario, me postré ante el altar, y di gracias al Eterno porqué me había concedido la libertad!....

En seguida dirijí mi vista á mi alrededor, admirando sorprendido toda la grandeza que me rodeaba: repentinamente mi vista se fijó en una muger, ¡era bella y jóven! vestía con exesivo lujo; pero parecia sin embargo ser muy desgraciada. Sus ojos cubiertos de lágrimas se fijaban con gran ternura en mí, y en seguida los volvia ha-

cia el altar, y oraba con tal fervor, que parecia que su vida se encerraba en aquella plegaria!

La vista de aquella jóven me conmovió; algo extraño pasó en todo mi ser; mi corazon latió con violencia, la alegria huyó de mí y las lágrimas brillaron en mis ojos, fijos siempre en los de la bella desconocida que velados tambien por el llanto no los apartaba de mí!.....

Impulsado por un sentimiento extraño abandoné mi puesto; D. Justo, que observaba todos mis movimientos, adivinando sin duda lo que iba á hacer, quiso detenerme; pero ya era tarde, y yo me hallaba al lado de la interesante jóven.

Perdonad, le dije, no sé quien sois, ni jamás os he visto; pero al veros hoy por la vez primera, no sé lo que he sentido!.... mi ser se ha conmovido, y una voz secreta me dice en el corazon que vos sois mi madre!.... ¡Oh! Señora, si fueseis, no me abandoneis!.... ¡yo os amo!... ¡tened piedad del pobre Genaro!.... y al hablar así me hallaba arrodillado ante ella, fijos mis ojos en los suyos, unidas mis manos en ademan de súplica, y derramando un torrente de lágrimas: aquella muger se estremeció; su rostro tornóse lívido; sus miembros temblaban; articuló algunas inciertas palabras, y sus ojos se fijaron en el altar, con una expresion de suprema angustia!....

Yo esperaba impaciente su respuesta: al fin se volvió hácia mí; imprimió un beso ardiente en mi frente, y con acento tremendo y voz incierta pronunció estas palabras:

Os habeis equivocado hijo mio, yo no soy vuestra madre!.....

Entónces me levanté bruscamente: ¡siempre la misma respuesta! exclamé con desesperacion. ¡Oh Dios! ¡Dios mio! ¡no encontraré nunca á mi madre!.....y al pronunciar estas palabras quedé como anonadado en mi propio dolor!....

El llanto de la jóvense habia redoblado, repentinamente, sentí una mano que se posaba sobre mi hombro, volví el rostro bruscamente: era D. Justo, su semblante estaba desfigurado; sin embargo al verme se sonrió, me tomó por la mano y comenzamos á salir: mis ojos al fijarse por la última vez en los de la desconocida, se encontraron con los suyos; tenían una expresión tan dolorosa y tierna á la vez, que no pude ménos de exclamar: ¡Oh! esa mirada solo puede ser la de una madre! y quise correr hácia ella: D. Justo me detuvo: recordé entónces su respuesta, é inclinando la cabeza, salí del templo abatido y mas desventurado que nunca.....

Cuando nos hallabamos de nuevo en el carruaje, D. Justo me comenzó á hacer las mas sé-

rias reflexiones, que aun conservo impresas en mi alma.

Me manifestó, que era una gran imprudencia lo que yo acababa de hacer, y que mientras no le prometiera contenerme, se vería precisado á encerrarme de nuevo.

Figúrate, me dijo, cual sería el concepto que se formarían de tí las gentes con tus extrañas ideas, en primer lugar das muchísimo que sospechar, y en tu situación es esto en extremo peligroso: en segundo lugar, también manifiestas ser un pobre exposito sin padres, sin familia..... y esto es inconveniente y atrae sobre tí el mas alto desprecio!.....no, Genaro, jamás vuelvas hijo mio á marcar tu posición con tus acciones: si tus padres han sido desgraciados, y se han visto envueltos en las tenebrosas nubes del infortunio, y obligados á separarte de su lado; no seas tú el primero en censurar y marcar su conducta, atrayendo sobre ellos la maledicencia de los demás hombres. ¡Harto desgraciados son!

Las reflexiones de D. Justo me impresionaron seriamente, comprendí que en efecto hacia muy mal en andar preguntando por mis padres; pero no pude por otra parte impedirme de hacer á D. Justo esta observacion:

Luego tengo que renunciar para siempre á la

esperanza de encontrar á mis padres, puesto que callando no habrá quien me dé noticia de ellos.

D. Justo me consoló entónces con estas observaciones; mira Genaro te creo aun muy joven, mas bien diré, un niño, tienes delante de tí, mediante el permiso de Dios, todavía muchísimos años de vida: tu inteligencia es clara, y con el estudio adquirirá una verdadera y sólida reflexion, de consiguiente, cuando tengas mas edad tendrás tambien el tino de poder aberiguar sin peligro lo que quieras, y entonces llegarás á saber cuales son tus padres y donde se encuentran; pero ahora con tus imprudencias no haces mas que marcar de una manera muy triste tu position; ¿me has comprendido bien, hijo mio?

—Sí, Justo, le respondí, comprendo perfectamente lo que tú me dices, y no puedo ménos de prometerte con toda formalidad, ser mas cauto en lo de adelante, para no cometer las imprudencias que acabas de señalarme.

—Bien, Genaro, me replicó; me gusta tu resolucion, ella me prueba que tienes un carácter dócil, y siempre esto es una inmensa ventaja.

Ahora te pido que deseches las ideas tristes que atormentan tu imaginacion, porque si á tus años sufres ya tanto, y piensas mesclar á tus goces la hiel, concluirás por ser siempre muy desgracia-

do, y no tener jamas contento; puesto que el infortunio tiene un doble peso y absorbe en pocos momentos los instantes de goce que tenemos.

—Prometí igualmente á D. Justo apartar de mi mente los pensamientos que me causaban tristeza y en efecto, lo procuré con empeño por complacer los deseos de mi protector.

El carruaje en que ibamos, seguia caminando con una velocidad extraordinaria, y á cada paso se presentaba ante mí algo que de un modo particular fijaba mi atencion; ya eran grandes establecimientos de comercio, templos con soberbias fachadas, palacios y edificios de construcciones magnificas, llenos de las más esquisitas flores y de árboles bellísimos.

Yo iba violento en el coche; pues me parecia que era siempre un encierro el no caminar á pié al aire libre, y recorrerlo todo como lo hacian los que yo observaba.

No podia pensar mucho en algo, ni detenerme en ello sin comunicarlo á D. Justo. Pronto le manifesté, que aunque era muy cómodo pasear en carruaje, yo creia gozar doblemente, si en vez de ir en él, lo hicieramos á pié: D. Justo se rió de mí, pero su respuesta me satisfizo; mira, me dijo, si lo quieres, esta misma tarde; saldremos á pié, pero si he preferido el coche ahora,

es para que te puedas formar una idea en general de la ciudad, porque á pié no creas que llegarías á recorrerla tan fácilmente.

Nos encontramos en Milan; comprendí entonces que tenia razon, pero á mi vez le hice esta reflexion: mira le dije, aquí todos caminan despacio, y por eso los animales avanzan más, pero caminando de prisa, yo creo que les ganariamos.

D. Justo se rió mucho de mí, aquella misma tarde, cuando salimos á pié, me hizo ver cuan engañado estaba; pues aunque varias veces lo intenté, nunca logré caminar con la velocidad de un carruaje.

Desde el instante en que salí del calabozo, no sabia yo, puede decirse, lo que era de mí: estaba tan encantado de todo lo que veía, y mi mente se hallaba tan llena de ideas nuevas, que materialmente volaban para mí los días, y pensaba: que no podia haber máyor dicha, que la de habitar en un mundo tan enteramente bello tan lleno de encantos y atractivos!

Una hora fué todo lo que pude caminar á pié: estaba tan poco acostumbrado á hacerlo, que bien pronto me sentí muy fatigado.

Al principio sali corriendo de la casa, mas D. Justo me llamó con presteza, y me manifestó lo ridículo que era lo que acababa de hacer.

No: Genaro, solo las bestias corren en la calle, como tu lo acabas de hacer, y los niños pequeños lo hacen tambien en los paseos por ayudar á su desarroyo; pero fuera de esto nunca veras correr á nadie; y en efecto, ¿para qué te serviría la carrera? á los pocos momentos te sentirías ya fatigado, y ademas, aun suponiendo que esto no te sucediese ¿podrias gozar de algo en la carrera?

¡Oh! seria imposible! ¿en qué te podrias fijar? en nada, absolutamente en nada, ¿no es cierto? ¿no lo acabas tu mismo de experimentar?

Pensé un momento en lo que D. Justo me decía, y luego comprendí que le sobraba la razon; así se lo manifesté, y poco despues tomando el brazo de mi buen amigo, paseabamos, como he dicho, por las principales calles, deteniéndonos ante los elegantes aparadores, de cuyos objetos todos le pedia yo una minuciosa explicacion

Pronto, sin embargo me fatigué, y entónces tuvo mi buen guia que tomar un coche para que regresásemos á casa, porque yo ya no tenia ánimo de dar un solo paso más.

La experiencia, Genaro, te enseñará en adelante mil cosas que tendrás motivos muy sobrados para aprender.

No me engañó D. Justo, pues ¡demasiado me ha enseñado la experiencia!.....

Todos los demás días se pasaron para mí con el mismo goce que el primero: apenas me levantaba me dirigía á tomar un magnífico almuerzo, luego me vestía y salía á pié con mi preceptor: recorriamos los templos, y siempre oía misa; íbamos á los campos, á los paseos, jardines etc., á las doce estábamos de vuelta, y á esa hora se nos servía una comida suculenta, descansábamos despues recostados una hora en dos cómodos sillones, y á veces dormíamos, ó mas bien conversábamos, y yo pedía á D. Justo me explicase algo de lo que deseaba saber ¡que por cierto eran multitud de cosas!

Luego tomaba en mis manos un libro á ejemplo de D. Justo, y por medio de la lectura pude encontrar un pasto saludable á mi inteligencia, y hallar en el tesoro inagotable de la instruccion, la luz que tanto necesitaba mi alma, para comprender mejor todos las delicias de la existencia!

En cada una de estas cosas, inmenso era el placer que sentía! no podria nunca demostrarlo en toda su fuerza, por lo que prefiero callar; pues para comprender ciertas impresiones extrañas, es preciso haberlas experimentado, y lo que me ha acontecido es tan raro, que pocos podrán contar una cosa semejante; de manera, que difícilmente

habría alguien que pudiera profundizar lo que en mí pasaba, sino tan solo yo mismo

Por la tarde á las tres, tomabamos un carruaje, y en él nos dirigiamos á conocer todo lo notable de la poblacion, los palacios, museos, jardines zoológicos, teatros, edificios públicos, etc., etc.

Los goces que recibia yo en cada cosa nueva que visitaba, eran incontables.

A las siete regresabamos á la casa y tomabamos una soberbia cena, que duraba hasta las ocho.

Despues de reposar un breve rato, saliamos de nuevo para ir á algun teatro, y luego al café á tomar helados.

Volviamos á las doce de la noche, hora en que nos acostábamos, y dormíamos perfectamente.

Este era el curso ordinario de nuestra vida; el tiempo nunca nos sobraba, mas bien nos hacia falta.

En los últimos días que debiamos permanecer en esa ciudad, comenzamos en las tardes á recorrer algunas de sus preciosos alrededores, que me gustaron extraordinariamente, aunque siempre prefería la vida de la ciudad, por la animacion que por todas partes encontraba.

Tenia muchos deseos de formar amistades; pues veía ya el contento que se notaba en algu-

nos grupos, y sobre todo, las mujeres me encantaban; no habia hablado mas que á dos, y tenia un vivísimo anhelo de hablar á cuantas se me presentaban, porque todas me inspiraban las mas ardientes simpatías! Cada una de ellas me traía á la memoria mi pobre madre.

¿No será alguna de estas quizas? me preguntaba; ó acaso ¿no podrá ella saber donde se encuentra?

Mis ansias crecian por momentos y así se lo manifesté á D. Justo.

Mira, Genaro, me contestaba; lo que me indicas no puede ménos de halagarme, porque me expresa la fineza de tu corazon; pero, hijo mio, yo no te puedo complacer! En este país no tengo ningunas amistades, é improvisarlas como tú lo deseas no es posible; y por otra parte, tampoco es conveniente por las observaciones que yo te he hecho; eres aun muy imprudente Genaro y puedes alguna vez, si no te corriges, hacer alguna pregunta ó referir algo que te comprometeria altamente.

La señora que ha conseguido tu libertad, me dió el encargo de no dejarte tratar con nadie antes de que hubieses salido de este país, y debo obedecerla; tambien tu debes acatar sus disposiciones, porque ella es digna de tu obediencia,

cuando, como lo has experimentado, te ha proporcionado tan extraordinarios momentos de placer? ¿Verdad, Genaro, que tú sientes por ella, una ternura creciente? ¿qué te hallas en las mejores disposiciones de cumplir su voluntad?

Si, D. Justo, es cierto, conteste, pero tambieu creo tener bastante firmeza para poderme contener: no hablaré si tú me lo prohibes, nada diré sobre mi pasado, pero si siempre preguntaré por mi madre. ¿Verdad que eso no me está prohibido?

Si te lo está, hijo mio, me contestó; porque al preguntar por ella, das motivo á que se comprenda que te hallas abandonado, y sobre ella recaerán mil maledicencias.

¿Es decir que no me será permitido buscarla? ¡Oh! lo que es á eso no me podré resignar jamás.

Genaro, me replicó, es preciso que por lo pronto hagas este sacrificio, él no durará toda la vida, y llegará el día en que puedas obrar libremente.

Las palabras de D. Justo me entristecieron; no podia yo prescindir de buscar á mi buena madre, y por otra parte tenia que obedecer á mi oculta protectora. Esta situacion era para mí tan angustiada que me causaba extraño disgusto.